



ARTE

Joaquín García Donaire: Un eslabón perdido, y recobrado

Gianna Prodan

Joaquín García Donaire (Ciudad Real, 1926) es un exponente casi paradigmático de una época crucial del arte español. Pues habiendo nacido en una familia de artistas (su abuelo y su padre habían sido unos estimados ebanistas y artistas también sus tíos, entre los que se contaba el mismo Felipe García Coronado) y formado en la primera mitad del siglo XX, una época en la cual el arte español se iba desarrollando dentro de los cauces de una equilibrada evolución, fue sorprendido como casi todos los artistas de su generación por el torbellino de una renovación que se demostró tan necesaria como convulsa. Sin embargo ni sus principios, ni sus fidelidades fueron obstáculo para que se abriera a ese mundo en constante evolución, lleno tanto de nuevas posibilidades como de contradicciones, como ha sido el mundo de las artes plásticas a lo largo del siglo XX.

De esta forma Joaquín García Donaire, hijo de su tiempo, ha encauzado su obra al filo de una constante dialéctica entre el mundo vigoroso y sereno de lo clásico—no olvidemos su amor por Roma y por todo lo que la romanidad ha representado y sigue representando— y los retos de la renovación artística.

Elocuentes respuestas a ese interés por los fermentos artísticos del siglo han sido sus muchas experiencias investigativas que jalonaron los distintos períodos de su trabajo.



Pues si en sus inicios de escultor se valió casi exclusivamente de las posibilidades plásticas que le proporcionaba el modelado en barro. Ya en los años entre 1955 y 1959, cuando habiendo ganado el Premio Roma, gozó de una larga estancia en aquella ciudad, empezó a experimentar con una mezcla de tierras volcánicas, que imprimían a la obra el carácter desgarrado de fuerza ruda y casi primaria, que le acercaba a un muy personal expresionismo.

Más tarde, nuevamente en España y en contacto con ese grupo de escultores que se autodenominaría el Grupo de los Cinco, empezó a modelar sus

obras directamente en chapa de cera o en yeso al mismo tiempo que aportaba a su proceso escultórico nuevas técnicas que le permitían modificar, aligerándolas, las tradicionales y pesadas armaduras. Vinieron luego sus experimentaciones con carbones y escorias del proceso de fundición.

Pero lo suyo no se limitó tan solo a unas reformas técnicas pues simultáneamente iba madurando también su concepto de la forma en pos de una más estricta síntesis plástica, en la que seguía palpitando constantemente su amor por la belleza, por la armonía y por ese equilibrio que tanto le caracteriza.

Su formación, en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, le había preparado a recorrer el camino del realismo según como lo entendía su maestro, el escultor Enrique

RESUMEN:

La autora es comisaria de la exposición antológica de García Donaire que acaba de terminar su estancia en Toledo y recorrerá ahora otras capitales de Castilla-La Mancha. En esta síntesis Gianna Prodan repasa la trayectoria de su esposo, analizando sus años de formación y su preocupación por las referencias del mundo clásico, para repasar después su vinculación con la Escuela de Madrid, la influencia de la abstracción, hasta encontrar ese lenguaje escultórico propio, lleno de "serenidad, equilibrio, sentido de la belleza y composición".

Pérez Comendador, aún atemperado por el sereno clasicismo de Clará. Sin embargo ya desde en esos mismos años de aprendizaje, su juventud le proyectaba ya hacia una sana rebelión, rebelión que en aquel tiempo era representada por el cubismo y por Picasso, luego por Henry Moore y por todo lo que entonces suponía la *modernidad*. Y pudo demostrarla rápidamente esa rebelión, ya a los veintidós años, en sus primeras experiencias como profesor de la sevillana Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, o en sus amistades que siempre le unían a los compañeros más inconformistas, tanto en su época sevillana con Miguel Pérez Aguilera, como en Ciudad Real con los miembros del grupo de *Pensando en Joven*, en el cual figuraban Fernando Calatayud, Ángel Crespo, etc., o a través de su participación en las revistas del grupo neopostista.

Pertenece a esa época el desnudo de *Mujer peinándose* que ganaría la tercera medalla de la Exposición Nacional de 1954, que le proyectaría a la atención del mundo del arte.

Su época romana, en contacto con la escultura italiana, su admiración por la obra de Arturo Martí y su interés por la elocuencia dramática de los cuerpos que iban apareciendo en las excavaciones de Pompeya, nos dejó algunas obras casi expresionistas entre las que figura el relieve del monumento funerario del filósofo Jorge Ruiz de Santayana, el relieve de *Los Novios del Gianicolo*, etc.

Siempre en ese momento, pero con una intención más elegiaca, realizaba también aquel bellísimo desnudo, *Mujer Romana*, con que el ganaría la Medalla de Oro y Primera Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes (1957), figura de una clásica serenidad en la que subyacen reminiscencias romanas y etruscas.

Aunque alejado en esos años del ambiente madrileño, tanto por su larga estancia en Sevilla como, posteriormente, por los años pasados en Roma, su formación, sus intereses artísticos le han mantenido vinculado, durante toda su vida, a la *Escuela de Madrid* y a ese peculiar sentido de la figuración que se desarrolló en su ámbito haciendo de esta Escuela, en los años 50, una de las más y mejor integradas en el arte europeo del momento.

Pero las cosas cambiaron casi inesperadamente. La nueva orientación en el mundo del arte así como los intereses políticos, impulsó repentinamente nuevos lenguajes artísticos. El consiguiente auge de la abstracción de los años 60 apartó a Joaquín García Donaire, igual que a tantos otros artistas figurativos, de los primeros puestos de la *modernidad*. Nuestro escultor pasó así a formar parte de esa *generación silenciada*, de ese *eslabón perdido* del arte español del siglo XX, en que se fueron arrinconando bruscamente a tantos valiosos artistas y borrando drásticamente tanto trabajo.

Sin embargo, también la abstracción enriqueció la obra de García Donaire con unos nuevos y más amplios criterios de libertad y una nueva visión sintetizadora. En esos años es parte integrante del Grupo de los cinco escultores, juntamente con Venancio Blanco, Cesar Montaña, Benjamín Mustieles y Jesús Valverde a los que enseguida se uniría también José Carrilero y más tarde Juan Manuel Castrillón.

En otro momento, en los años 70, las escorias de fundición que observaba en la Fundición de Eduardo Capa, al que siempre le unió una gran amistad, le sugirieron nuevas posibilidades plásticas con sorprendentes resultados. Formas abstractas y abstractizantes se sucedieron desde entonces en su obra.

En una época como la nuestra que se caracteriza por las grandes prisas y por el *todo es válido*, resulta bastante insólito en el mundo del arte el afán constante de nuestro escultor de estudiar y perfeccionar hasta el máximo su propia obra, afán que le

ha hecho repetir incansablemente algunas de sus piezas aportándole pequeñas variaciones, casi imperceptibles a los ojos de los demás, pero que a él les parecen indispensables en pos de esa perfección que siempre se ha exigido a sí mismo.

Llegados a este punto es necesario hablar también del inevitable dualismo, a veces algo antitético, que nuestro escultor tuvo que asumir en el momento de elegir el lenguaje plástico en que realizaría su propia obra y los encargos que le fueron encomendados.

En efecto, si ya hemos valorado aquella tendencia suya, cada vez más acusada, hacia la simplificación de las formas a la que un personal concepto compositivo y estético le ha dirigido otorgándole esa esencia de serena monumentalidad, en las obras que tuvo que ejecutar por encargo, tuvo que limitar casi constantemente sus propias exigencias estéticas para lograr una más directa comunicación con el público destinatario de las mismas. Aún así, tampoco se alejó demasiado de sus presupuestos estéticos y plásticos, adaptándolos solamente a esas otras circunstancias, bien tratándose de su producción retratística, como de la religiosa o monumental.

Sólo en raras ocasiones, a lo largo de su vida profesional tuvo la suerte de encontrar algunos comitentes que prefirieron que les ampliara directamente, a tamaño monumental, alguna de sus propias obras. Pero eso pudo darse sólo pocas veces y en aquellos casos en que un más maduro criterio artístico o una mayor sensibilidad lo hicieron posible. Tales fueron los casos del banquero José Lladó, del pintor José Beulas, gran admirador y coleccionista de la obra de Donaire, y de Pilar Martínez, entonces alcaldesa de Villaviciosa de Odón (Madrid). El primero le encargó la realización en tamaño monumental de una obra suya, el *Arquero*, que debía ser instalada en la nueva sede del Banco de Urquijo, pero siendo adquirido posteriormente el edificio por el Ministerio de Cultura, la figura terminó siendo colocada en la zona ajardinada de la calle Arturo Soria, en Madrid. El segundo, en 1995, le pidió para su parque la ampliación de un grupo escultórico, *Los Novios*, y por su parte la alcaldesa de Villaviciosa de Odón le hizo ampliar una bella maternidad, para ornamentar el parque de ese municipio.

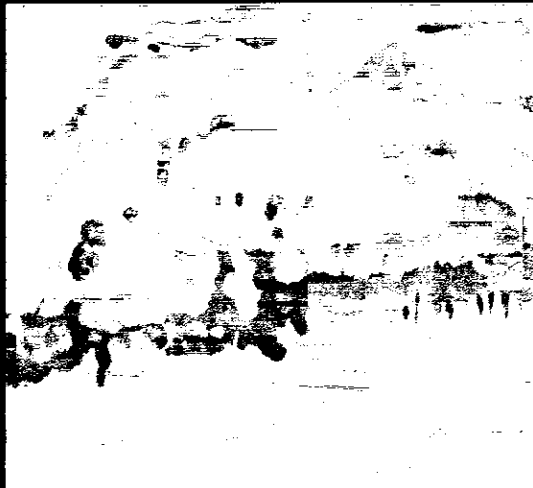
Amante de la naturaleza y de la vida al aire libre, García Donaire es también un interesante pintor que ha dirigido su interés sobre todo al paisajismo, realizado sus obras siempre *au plein air*, como lo hicieron los maestros de otros tiempos. Se ha dedicado asimismo al bodegón con varias incursiones, sobre todo a partir de los años 80, en el mundo de las formas abstractizantes. Más tarde, a partir ya de los años 80, su búsqueda se dirigió más directamente hacia el mundo de la abstracción en que algunas formas, esencialmente escultóricas, se recortan sobre un fondo de claridades casi marinas en una constante elegía de color perdido en suavidades.

A los años 1986-1988, en una época de una profunda depresión seguida a la muerte de su madre, corresponde una serie de acuarelas abstractas de tonos terrosos, siempre ponderados, y lejos de cualquier desgarró o abrupto dramatismo.

Terminando ya este artículo debemos todavía señalar las principales características de la obra de Donaire, que son su serenidad, su equilibrio, su gran sentido de la belleza y de la composición, base esencial de todas sus realizaciones, fruto de una estudiada distribución de los espacios y de los demás elementos que componen la obra.

En cuanto a su temática encontramos figuras de enamorados, maternidades, desnudos, figuras sentadas, toreros, bailarinas, algún que otro animal y sobre todo, como elemento principal, la constante presencia de la mujer. ■

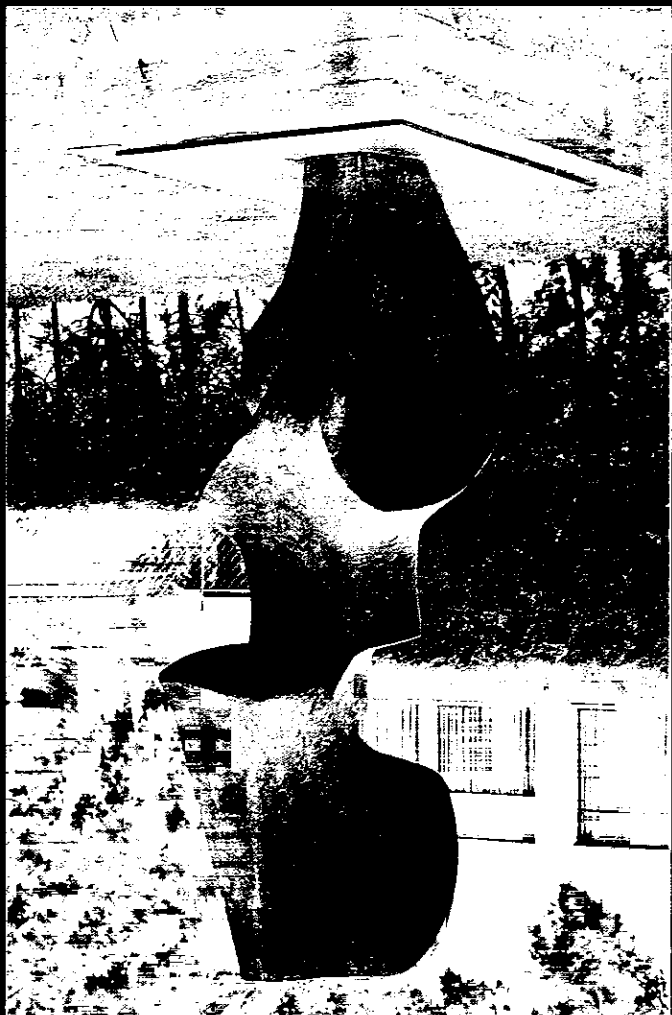
Lagunas de Ruidera, 1967.



Bujalaro, 1972.



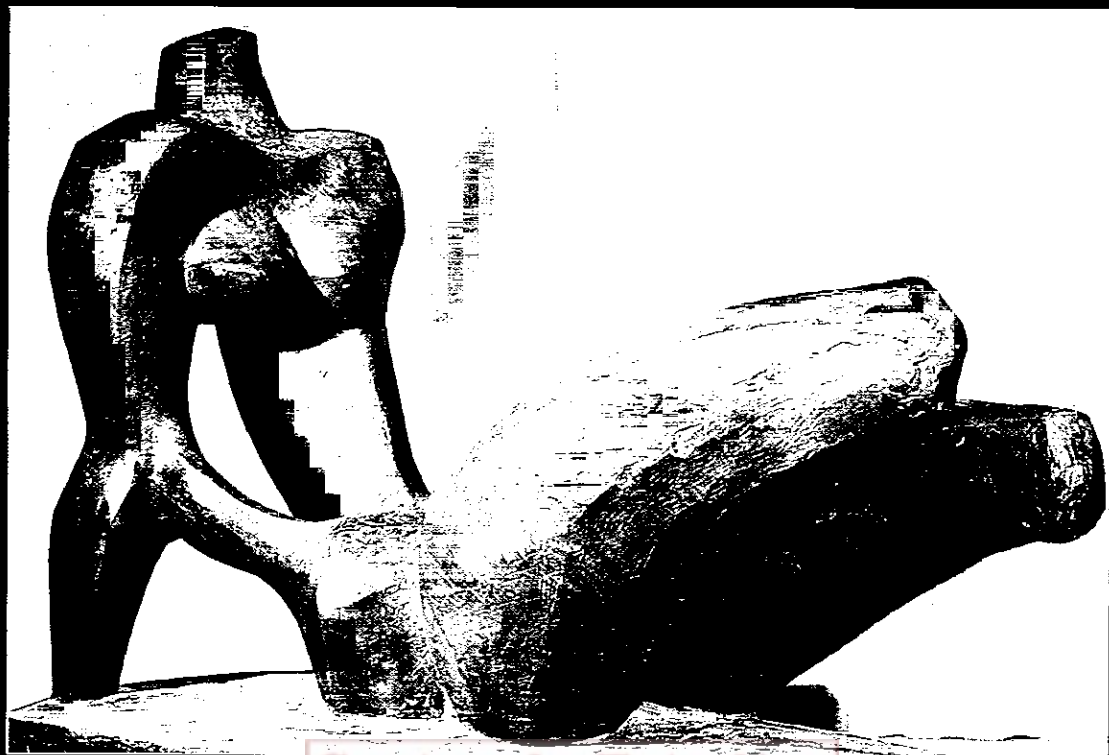
Figura, 1974.





Mujer en la butaca, 1987.

Maternidad en la silla, 1992.



Descanso, 1993.